

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo, con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel glorioso confesor de Jesucristo. Tambien Dios quiso honrar la feliz vuelta de nuestro Santo con algunos milagros que dieron mayor nombre á la reputacion de su eminente santidad. Viéndose pues restablecido en su silla, no se contentó con hacer que reflorecesse en su diócesi la disciplina eclesiástica, la piedad y la pureza de las costumbres, visitándola toda personalmente. Estendióse su celo á las provincias vecinas, inficionadas del arrianismo, y persiguió la herejía hasta las mismas trincheras. Vuelto despues á su Iglesia, la gobernó en paz el resto de su vida, que solo fué de cinco ó de seis años, desde que se restituyó del destierro. Logró el consuelo de ver morir con olor de santidad á la única hija que habia tenido en su matrimonio antes de ser obispo, y la Iglesia de Poitiers celebra la fiesta de esta santa virgen el dia 13 de diciembre. En fin, despues de haber seguido con tanta gloria su penosa carrera, acabó con una muerte preciosa en los ojos del Señor el dia 13 de enero del año 368, á los catorce años de su obispado, y setenta y siete de su edad.

Dejónos S. Hilario muchas obras escelentes, que son muy estimadas y aplaudidas de todos los Santos Padres. Doce libros de la Trinidad, que comenzó el año de 356, y los acabó en su destierro. El tratado de los Síodos, que compuso tambien en el mismo destierro el año de 359. Tres escritos al emperador Constantio contra los Arrianos. Cuando volvió del Asia compuso un Tratado contra Ursacio y Valente, obispos arrianos, del cual solo nos han quedado algunos fragmentos: otro contra Aurencio, tambien arriano, obispo de Milan. Tenemos sus Comentarios sobre S. Mateo, y una parte de los que escribió sobre los Salmos. Es tambien autor de algunos himnos, y no falta quien le atribuya el *Gloria in excelsis*, y el himno que comienza, *Pange lingua gloriosi prælium certaminis*.

Desde el año inmediato á su muerte se comenzó á celebrar su fiesta en la Iglesia Galicana, y se trasladó al dia 14 de enero, por concurrir en el dia 13 la octava de la Epifanía. Conserváronse sus reliquias en Poitiers, donde eran reverenciadas de los fieles, hasta el año de 1562, en que fueron quemadas por la impiedad de los Hugonotes.

SAN EUFRASIO, OBISPO Y MARTIR.

EL imponderable beneficio que recibió España por S. Eufrasio, Torcuato, Ctesifont, Indalecio, Cecilio, Hesichio, y Segundo enviados á esta Península por los Príncipes del Colegio Apostólico con el laudable objeto de ilustrarla con la luz del Evangelio, en tiempo que se hallaba envuelta en las miserables sombras de la muerte; ha hecho que la nacion agradecida les tribute el culto, y la veneracion correspondiente en la serie dilatada de tantos siglos como corren desde los principios de la ley antigua hasta el presente. Siendo, pues, preciso, cuando se trata de cada uno de estos siete celosos operarios del Padre de familias, referir las actas que son comunes á todos hasta su separacion por diferentes pueblos de la Península, nos ha parecido conveniente para evitar una misma repeticion, remitir al lector al dia 13 de mayo, donde se trata del carácter de todos siete, de su mision á España por S. Pedro y S. Pablo, de su entrada en ella, de su llegada á Guadix, y del estupendo prodigio, que fué el motivo para que recibiese aquel pueblo la fe de Jesucristo.

Quedó S. Torcuato por Obispo de Guadix cuidando de aquella recién plantada iglesia, y dirigiéndose sus ilustres companeros por diferentes pueblos del reino á ejercer el destino de su mision apostólica, se presentó Eufrasio en Iliguri ciudad populosa por entonces de Andalucía, conocida hoy con el nombre de Andujar en el obispado de Jaen. Luego que entró en aquel pueblo se vió rodeado de un crecido número de gentiles: y habiendo recibido el don de lenguas (como se debe creer que era comun á los hombres apostólicos) habló á toda la muchedumbre con celosísima elocuencia sobre la risible vanidad de las mentidas deidades, haciéndoles palpable la imposibilidad de muchos dioses. Hizoles ver con energia la necesidad que tenian los hombres de creer, que no habia, ni podia haber mas que un solo Dios verdadero, y que éste era el Criador del cielo y de la tierra á quien reconocian por tal los Cristianos. en fin les esplicó con tanta elevacion, y claridad las verdades esenciales de nuestra religion, que convencidos muchos paganos de la santidad de la celestial doctrina que predicaba, cuya verdad confirmaba con no pocos prodigios, conociendo á su vista los crasos errores de la engañosa idolatría, abrazaron la fe, y pidieron el bautismo. Un suceso tan pronto como feliz encendió mas y mas el celo del ilustre operario del Padre de familias: y redoblando su infatigable fervor, congregó en breve tiempo un rebaño crecido para Jesucristo.

Viendo Eufrasio los progresos de la religion en Iliguri, quiso dilatar sus conquistas por otros pueblos, y ciudades de la Península. Predicó en efecto, segun nos dicen varios escritores, en Baeza, y Calsona dos populosas ciudades de Andalucía, sita ésta á tres leguas de aquella, y una de Linares, como lo denotan las ruinas antiguas: y habiendo cogido en ellas el abundante fruto fácil de esperar del ardiente celo, y de los asombrosos prodigios con que confirmó su doctrina, nombró Obispos en los mismos pueblos para que se interesasen en el cultivo, y la conservacion de aquellas iglesias: cuyas sillas episcopales duraron hasta el tiempo del Rey D. Alonso llamado el Emperador, quien habiendo ganado todos aquellos pueblos del poder de los Moros las unió á la de Jaen.

Aunque Eufrasio predicó en los pueblos dichos, y en otros de Andalucía á imitacion de los Apóstoles, que teniendo á su cargo las iglesias donde fijaron sus cátedras, hicieron sus predicaciones en otras diferentes impelidos del ardiente celo por dilatar el reino de Jesucristo; con todo gastó la mayor parte del tiempo en cultivar la viña que le tocó por suerte: donde además de surtir á su rebaño con el abundante pasto de la palabra de Dios, le enseñó el modo de celebrar los oficios, y sacrificios divinos segun la enseñanza que hubo de los mismos Apóstoles: erigiéndoles oratorio, ó templo segun la costumbre que observaban los fieles en los primitivos siglos de la Iglesia, en los que sufrían las mas violentas persecuciones.

Dícese que continuó Eufrasio en el ejercicio de sus funciones apostólicas por espacio de doce años, hasta que ofendidos los gentiles de las conquistas que hacia para Jesucristo de los muchos pagános que desertaban cada dia de sus necias supersticiones, maquinaron contra su vida; y con efecto le dieron muerte en el dia 14 de enero, valiéndose de la cruel persecucion que movió contra la Iglesia el Emperador Neron. Algunos escriben que fué degollado el ilustre mártir; pero aunque no nos consta con certeza los géneros de tormentos que le hicieron padecer, se cree serian de los mas crueles, siguiendo los idolatras la idea de cebar su saña con mayor furor en los jefes de los Cristianos: persuadiéndose que les seria mas fácil reducir á los súbditos al culto de sus falsos dioses con el escarmiento de las muertes inhumanas que daban á los Pastores.

Luego que triunfó el esforzado militar de Jesucristo de los enemigos de la fe, dieron sepultura los Cristianos al venerable cadáver de su Santo Pastor en Iliguri, ó Andujar, donde se conservó mas de seiscientos años en una ermita fuera de la ciudad

hacia la parte oriental: sobre cuyo sepulcro hizo labrar despues en honor del Santo un magnífico templo el Rey godo Sisebuto, en el cual se tuvieron las santas reliquias en grande veneracion hasta la irrupcion de los Moros en España, que temerosos los Cristianos de su profanacion por los Bárbaros las trasladaron al reino de Galicia, depositándolas en la iglesia parroquial de Baldemao perteneciente al monasterio de S. Julian de Samos del orden de S. Benito en el obispado de Lugo. Sentia Andujar, luego que cesó la hostilidad de los Agarenos, verse desposeida del precioso tesoro de su primer Obispo, en fuerza de lo cual representó la ciudad al Rey D. Felipe II el derecho que tenia para pedir el cuerpo, ó á lo menos alguna reliquia del Santo Patrono: y conociendo S. M. la justicia de su súplica, mandó por su Real Orden de 26 de enero del año 1596 al Abad de Samos fray Diego de Ledesma, y al General Benedictino Fr. Pablo Bomba que entregasen á la ciudad de Andujar alguna reliquia del Santo. Diéronla en efecto un hueso del brazo de aquel ilustre Pastor, y habiéndolo recibido con suma alegría la depositaron en el convento del Orden de la Santísima Trinidad, donde es tenido en grande veneracion: y Dios se digna obrar por la intercesion de su fidelísimo Siervo muchos prodigios. No dudaron los de Andujar la obligacion que tenían de celebrar la festividad de su inclito Patrono, y Santo Obispo: bajo cuyo supuesto en el Sinodo Diocesano que celebró D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, prelado de aquella iglesia en el año 1624, se mandó que se celebrase la fiesta del Santo con oficio particular en toda la diócesis en el dia 15 de mayo, como se ejecuta con la mayor solemnidad.

SAN FELIX DE NOLA, PRESBITERO Y CONFESOR.

LA vida de S. Félix, presbítero de Nola, escribió en verso latino S. Paulino, obispo de la misma ciudad; y el venerable Beda la trasladó en prosa; y fué de esta manera. El padre de S. Félix fué siro de nacion, y se llamó Hermia. Vino á Italia, para vivir en ella, y tomó casa en la ciudad de Nola, que es en la provincia de Campania, como cinco leguas de la ciudad de Nápoles. Tuvo dos hijos: el uno se llamó Hermia, como su padre, y el otro Félix, que es el Santo de quien hablamos. Muerto el padre, el hijo Hermia se dió á las armas, y siguió la guerra debajo del estandarte del emperador: mas Félix, por serlo de veras, como lo era de nombre, determinó seguir la bandera del sumo Emperador y Rey de los reyes Jesucristo, y menospreciadas todas las cosas de

la tierra, buscar con grande ansia las del cielo. Para esto dió la mayor parte de su patrimonio á los pobres: aplicóse al servicio de la Iglesia, y en ella tuvo grado de lector y exorcista, con tanta virtud y espíritu, que echaba los demonios de los cuerpos que atormentaban y poseían; y finalmente subió al grado de sacerdote, aprovechando á todo el pueblo, no menos con su excelente doctrina, que con el ejemplo de su santa vida. Levantóse en su tiempo una horrible y gravísima persecucion contra la Iglesia de Jesucristo, movida de los gentiles, que con fuerzas de atroces tormentos, y con esquisitos géneros de muertes la procuraban extinguir. Vinieron á la ciudad de Nola los ministros del emperador, y buscaron, como solian, las cabezas y guías de los cristianos, para hacer en ellos su presa, y traerlos, si pudiesen, á su maldad, y sino atormentarlos y despedazarlos; para que los demás se rindiesen á la voluntad del emperador, viendo, ó rendidos, á los que tenían por padres y maestros, ó muertos con tanta crudeza, que el temor acabase con ellos, lo que el amor y blandura no hubiese podido acabar. Era en esta sazón obispo de Nola un santo varón, por nombre Máximo, anciano en la edad, santo en las costumbres, de aspecto venerable, celoso, prudente, y de alto y cristiano espíritu: el cual, entendiendo el intento y rabia, con que habían venido á Nola los ministros de Satanás, y que él había de ser el primero en quien aquellos lobos habían de embestir, para que, herido y muerto el pastor, mas fácilmente pudiesen hacer salto en el rebaño del Señor; comenzó á pensar lo que le convenia hacer, si se dejaría prender para morir, como deseaba, por Cristo, ó si se guardaría para otra mejor ocasion, para que no peligrasen por él sus ovejas. Con esta duda, hablando consigo mismo, decia: el vivir en tantos peligros, cierto no es vivir, sino morir continuo, y estar sujeto á mil muertes, sin acabar de morir. Todo lo que pasa presto, es fácil de llevar, por grave que parezca: si yo me presento á estos impíos ministros, una vez sola me despedazarán, y con la muerte me abrirán camino para la verdadera vida; mas si me escondo, no acabarán jamás mis congojas y quebrantos; pues habré de vivir entre las fieras, sin alivio ni descanso. El pelear es una muerte cierta, mas breve; el huir es un morir prolijo y dudoso: lo uno es de una vez, y con un dolor acabar los afanes, y miserias innumerables de esta vida; lo otro es padecer muchos golpes, sin acabar con ellos: el padecer martirio es provechoso para mí; el ausentarme será provecho, y por ventura necesario para mis ovejas. Pues, porque quiero yo mas mirar á mi bien, que al de mi ganado? El Señor dijo á los Apóstoles, que cuando los persi-

guiesen en una ciudad, huyesen á otra: segun esto mi huida es licita y segura, y á lo que puedo ver, por el estado de las cosas presentes, será útil para mi pueblo; y así dejando lo que á mí me toca, sigamos el bien de los otros: y aunque deseemos morir por Cristo, vivamos ahora por amor de Cristo; que él nos dará otro tiempo para morir por él. Con esta resolucion, el santo obispo encomendó su ganado á Félix, y se retiró á los riscos de los montes, y á los lugares mas ásperos y seguros. Como los perseguidores no hallaron al obispo, dieron en S. Félix, que era la segunda roca, y pilar de aquella cristiandad. Préndenle, y cárganle de prisiones y cadenas: y no habiéndole podido ablandar con dulces palabras y promesas, ni espantar con fieras amenazas, le echaron en una cárcel muy oscura; y para que no pudiese dormir ni reposar, sembraron el suelo de agudos pedazos de tejas. Entre tanto que S. Félix estaba preso en la cárcel, el santo obispo Máximo, estando libre de las prisiones, no lo estaba del amor de sus ovejas, ni de otras penas que padecia; porque acordándose de su grey, se consumía, pareciéndole, que la cárcel, el fuego y la misma muerte, no era tan dura, como el verse sin el pueblo que Dios le había encomendado: y puesto caso que confiaba mucho en la virtud, y valor de Félix, siempre temía que las ovejas padecieran en ausencia del propio pastor. Por este respecto, y por el deseo encendido, que tenía de poner la vida por Cristo, muchas veces trató de volverse á la ciudad; mas el Señor, que por otro camino queria ser en el santo obispo glorificado, le quitó aquel pensamiento. Añadióse á este otro tormento, que no hallaba ya que comer, ni con que sustentarse; y como era viejo, y el tiempo era de invierno y muy frio, y el cielo estaba cubierto de escarcha y hielo, helábase el santo pontífice, y desfallecia. Estaban en un mismo tiempo los dos santos sobre manera afligidos, el uno viejo, y el otro mozo, el uno obispo, y el otro sacerdote, el uno libre, y el otro preso; el santo obispo estaba atormentado de la hambre, y el sacerdote de sus prisiones y cadenas: ambos tenían necesidad del consuelo y favor divino; y el Señor, que es benigno, y nunca desampara á los que confían en él, se les dió de esta manera. Vino á la cárcel, donde estaba S. Félix, un ángel, que le ilustró con su luz resplandeciente, la cual solo vió el Santo, para quien solo se enviaba; y oyó una voz que le decia, que se levantase y saliese de la cárcel. Parecióle sueño, como á S. Pedro, cuando estuvo preso de Herodes: mas tornando el ángel á mandarle, que se levantase y le siguiese; hallóse desatado de sus prisiones y cadenas, y comenzó á seguir al ángel abriéndosele las puertas de la cárcel, que

para los otros estaban cerradas. Iba el ángel delante, y S. Félix le seguía, hasta que llegaron al monte, donde el santo obispo Máximo estaba tendido en el suelo, helado y consumido con la hambre, frío y mucha edad, y con un semblante, que mas parecia muerto que vivo. Abrazóle S. Félix: y como lo halló sin sentido y helado, comenzó con el huelgo á calentarle; procurando dar algun espíritu y vida, al que al parecer estaba sin ella. Como vió, que no le aprovechaba todo lo que hacia, volvióse á la oracion, que es remedio universal de todos los males, y suplicó á nuestro Señor, que le socorriese en tan extrema necesidad; y luego vió colgado en una zarza un racimo de uvas, el cual tomó como enviado del cielo, le esprimió en la boca del santo viejo; y él con aquel licor volvió en sí, abrió los ojos, movió los labios, y comenzó á alabar á Dios, y despues á quejarse de S. Félix, porque habia tardado en venir, habiéndole nuestro Señor prometido, que le vendria á socorrer y visitar. ¿Quién desconfiará en sus trabajos de tan gran Señor? ¿Quién, aunque esté en el vientre de la ballena como Jonás, desmayará, sabiendo, que Dios es poderoso para sacarle de él? ¿Y que aunque mortifica, tambien da vida, y despues de haber dejado llegar al hombre á lo mas profundo del abismo, le saca y levanta, consueta y anima? Libró el ángel á Félix de la cárcel, para que él, como otro ángel, librase á Máximo de la muerte, y de la afliccion estremada que tenia. Tuvieron los dos Santos algunos razonamientos dulces, y piadosos entre sí, y al cabo determinaron volver á la ciudad, para esfuerzo y ayuda de los fieles: y como ni el santo viejo podia, por su gran flaqueza, andar por sus pies, ni habia pies ajenos, en que llevarle; la caridad, á la cual ninguna cosa le es imposible, dió fuerzas á S. Félix, para que le llevase á costas, movido del amor, y de la esperanza del gran fruto, que las almas de los fieles habian de recibir con la vista de su pastor.

Tomó, pues, sobre sus hombros el santo mozo al santo viejo, yendo mas ligero con su peso: levóle secretamente á la ciudad; entrególe á una buena vieja, que sola estaba en casa del obispo; y él se escondió, hasta que cesó aquella borrasca, y despues los dos salieron en público, y visitaron y consolaron á los fieles, los cuales por la persecucion pasada tenian necesidad de ayuda, y consejo. Poco duró aquella bonanza, y aquella paz, que Dios nuestro Señor habia dado á la ciudad de Nola; porque luego se tornó á turbar el mar, y á levantarse las olas hasta el cielo. Volvieron los ministros del emperador á la ciudad: y como sabian, que S. Félix era el capitan de todos los demás, la primera cosa, que hicieron, fué buscarle: halláronle en la plaza; mas no le co-

nocieron. Preguntaron al mismo S. Félix, si conocia á Félix presbítero; y él respondió, que de cara no le conocia, como era verdad (pues que ninguno se conoce, ni puede ver su rostro), y entendiendo, que le buscaban, se apartó de allí, y se fué á esconder en un lugar secreto, que le pareció seguro, aunque no habia en él, con que repararse, sino una pared vieja y caída. Los ministros, así que entendieron de otros, que aquel con quien habian hablado era el mismo que buscaban, dieron tras él, y entraron en el mismo lugar donde él estaba escondido; pero para que se vean los modos tan esquisitos, y admirables, que Dios toma, por socorrer y defender á sus siervos, cubrió repentinamente aquel rincon, en que estaba S. Félix, de unas telas de arañas, tan espesas y tan cerradas, que no le pudieron descubrir, ni ver: y teniéndose por engañados, y no viendo al que buscaban, volvieron atrás muy despechados y confusos: para que entendamos, como dice S. Paulino, que cuando tememos á Dios, las telarañas nos sirven de fuertes muros; y cuando nó, los muros son telarañas para nuestra defensa. ¿Pues quién nó servirá á un Señor tan poderoso, tan cuidadoso de los suyos, y que con modos tan maravillosos los defiende? Partieronse los perseguidores aquella tarde: y S. Félix quedó cantando aquel verso del salmo: «Aunque esté en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males; porque vos estais conmigo:» y entróse mas adentro entre las ruinas de ciertos edificios, donde estuvo seis meses, segun S. Paulino, sin ser conocido, ni visto. Y para que mas nos admiremos, y alabemos la providencia, que el Señor tuvo en sustentar á este su siervo en todo aquel tiempo; allí junto, donde estaba S. Félix, moraba una buena y devota mujer, la cual inspirada y movida del mismo Señor, cada dia, sin saber lo que hacia, ni para quien lo hacia, ponía pan, y otros manjares, que habia guisado para los de su casa, en aquel escondrijo donde estaba S. Félix, pensando que los ponía en su propia casa; y de esta manera le sustentó, sin saber que le sustentaba, acordándose cada dia de poner allí la vianda, y nunca acordándose de haberla puesto, que es ejemplo raro y maravilloso. Y para que no le faltase que beber, en un aljibe roto, que allí estaba, enviaba Dios tanta cantidad de rocío, que el Santo con él se podia refrescar; y de esta suerte vivió los seis meses apartado de toda comunicacion, y trato con los hombres, pero muy regalado de los ángeles, y visitado del mismo Dios, hasta que habiendo cesado aquella tormenta, serenándose el cielo, y sosegándose el mar, salió S. Félix de su secreto retraimiento, y comenzó á hacer lo que antes él solia, que era predicar, exhor-

tar á toda virtud al pueblo : el cual viéndole tan sin pensar, le honró y reverenció, como si hubiera bajado del cielo. Murió en este tiempo el obispo Máximo, consumido con su larga edad, y trabajos, que por Cristo habia padecido : luego todos pusieron los ojos en S. Félix para que fuese su pastor, y obispo; mas como él era tan humilde, persuadióles con buenas razones, que eligiesen por obispo á Quinto, que era un clérigo de santísima vida, el cual habia sido ordenado de misa siete dias antes que él, alegando, que esto se le debia, así por mas antiguo sacerdote, como por sus raras partes; y tambien porque de esta manera gozaria el pueblo de sus trabajos, y de los de Quinto, y por uno tendria dos, que le ayudasen, y sirviesen para la salvacion de sus almas; y así se hizo, tomando Quinto el gobierno de aquella Iglesia, y continuando Félix la predicacion, y ayudando al nuevo obispo á llevar el peso de su dignidad.

Si fué grande la humildad de Félix, no lo fué menos el amor entrañable que tuvo á la santa pobreza, el cual mostró bien, cuando dió á los pobres la mayor parte de su patrimonio, viviendo con mucha templanza de la pequeña parte que guardó por sí, y repartiendo á los pobres todo lo que al cabo del año le sobraba : pero mucho mejor se vió, en lo que despues de la persecucion hizo; porque como el tiempo, que ella duró, le hubiesen tomado y confiscado todos sus bienes, y hecho almohada de ellos; despues que se sosegó aquella tempestad; y comenzó la Iglesia á gozar de paz y quietud, aconsejaron á san Félix, que pidiese sus bienes por justicia, como lo habian hecho otros, que los habian perdido, y cobrado; mas él respondió con espíritu de verdadero, y perfecto santo : No quiera Dios, que yo torne á poseer los bienes que una vez perdí por Jesucristo, ni que codicie aquellas riquezas de la tierra, que una vez dejé, por poseer mejor los tesoros del cielo. Y así se sustentaba de los frutos de una pequeña huerta, y de tres hanegadas de tierra, que él mismo por sus manos cultivaba con ayuda de otro labrador; y si le sobraba alguna cosilla, teniala por de los pobres, y no por suya. Nunca tuvo mas de un vestido; y si le daban otro, luego le daba á quien de él tenia necesidad. Con esta santidad vivió S. Félix muchos años, siendo no menos feliz por sus grandes merecimientos, que lo era por su nombre. Finalmente, murió á los 14 de enero, ó por mejor decir, comenzó á vivir una vida bienaventurada, y eterna, de la cual dieron manifesto testimonio los muchos y grandes milagros, que nuestro Señor obró por él; y fueron tantos, y tan notorios, y esclarecidos, que venian de muchas partes del mundo los fieles en

romeria, á su sepulcro, para alcanzar del Señor mercedes, y favores por su intercesion; y S. Dámaso, papa, compuso versos, haciéndole gracias por la salud, que Dios le habia otorgado por su oracion. Entre los otros milagros, que obraba Dios por este Santo, era descubrir la verdad oculta y que por otra via no se podia averiguar; porque cuando habia indicios vehementes, que alguno hubiese cometido algun grave delito, y el que era acusado lo negaba, y no se podia probar, llevábanle al sepulcro de S. Félix, para que allí jurase, y dijese la verdad, y si no la decia, era castigado visiblemente : de lo cual hace mencion san Agustin en la epístola 137, y añade, que él envió desde Africa á la ciudad de Nola un clérigo suyo, que siendo infamado de un delito grave, le negó; para que con su juramento hecho sobre el sepulcro del Santo, se manifestase la verdad, y purgase la infamia. Por espacio de muchos años, y siglos, manó de su cuerpo un licor celestial y saludable, con el cual se curaban muchos enfermos, y sanaban de sus dolencias.

En la vida de este Santo (como hemos visto) hay muchas cosas admirables, por las cuales debemos alabar al Señor; como son haberle librado de la cárcel por el ángel, llevándole al monte, donde su obispo estaba pereciendo : criado el racimo de uvas para su refrigerio : defendídole con telas de arañas, de los que le buscaban para matarle; y sustentádole tantos meses por mano de aquella mujer milagrosamente : pero hay otras no menos maravillosas de sus heroicas virtudes, que debemos procurar imitar; especialmente aquella caridad tan entrañable y fervorosa, con la cual, olvidado de sí, llevó á costas á su obispo; y la humildad, con que despues de él muerto no lo quiso ser; y aquel alto y admirable espíritu de pobreza, con que menospreció los bienes de la tierra, por gozar del sumo bien, y tuvo por ganancia la pérdida de lo que acá tenia, por alcanzar, y poseer, al que es todo de todos, y perfecta bienaventuranza de los que le sirven, y padecen por su amor.

Hacen mencion de este Santo S. Paulino, que (como dijimos) compuso en verso su vida, y Beda la escribió en prosa : S. Agustin en la epístola 137 y en el libro *de Cura pro mortuis*; y Gregorio Turonense en el libro de la gloria de los mártires, capítulo 104.

EL BEATO BERNARDO DE CORLEON.

ENTRE los hombres que han dado lustre á la isla de Sicilia en los últimos siglos fué uno Bernardo de Corleon, nacido en la ciudad de este nombre á 6 de febrero del año de 1603. Sus pa-